



Columnas Estatales

08 novembre 2025





Paul Valdés

Carlos Manzo y la impunidad

El asesinato es un espejo del país: donde la narrativa oficial lanza una verdad conveniente, y la calle vive una cruda realidad. Una verdad en la que el ciudadano común, sin partido, sin fuero y sin armas, se sabe solo frente a la impunidad.

El asesinato del alcalde de Uruapan Michoacán, Carlos Manzo, no es un hecho aislado. Es una sacudida nacional. Una herida abierta que exhibe una estrategia de seguridad agotada, una clase política atrincherada y una ciudadanía que ya decidió no callar más.

Carlos Manzo no era un alcalde cualquiera. Con un sombrero como símbolo, enfrentó al crimen organizado desde la palabra y desde la acción. Convocó a las madres a denunciar antes de llorar, a los jóvenes a organizarse, y ganó una elección sin partido, como candidato ciudadano.

La noche de su asesinato, Uruapan se llenó de rabia y duelo. Las marchas con velas se multiplicaron hasta Morelia. En medio del dolor, su esposa, Grecia Quiroz, pidió continuar el proyecto. La respuesta fue inmediata: "no tenemos miedo". Ese eco, repetido en las plazas y redes, sonó más fuerte que cualquier discurso oficial.

Después vino la reacción desde el gobierno de Claudia Sheinbaum: no fue un problema actual, fue herencia del pasado, de Calderón y su guerra que militarizó al país, ese fue el antecedente de lo que hoy padecemos. Una verdad a medias, porque la otra parte evidencia que los abrazos y balazos no han funcionado, que las ayudas sociales no son suficientes para contener la delincuencia, corrupción y la impunidad que lacera las instituciones mexicanas.

La realidad de la calle es otra. Un ciudadano promedio vive en la indefensión ante el poder del narcotráfico y la delincuencia. No hay policía municipal confiable, no hay fiscalías que respondan, y en muchos territorios el Estado no manda: el narco manda. Es un país donde cualquiera puede morir por negarse a pagar cuota, por no vender, o simplemente por estar en el lugar equivocado. Esa es la realidad que no cabe en el discurso de Palacio Nacional.

El operativo posterior al asesinato repitió el patrón de siempre: Guardia Nacional desplegada, declaraciones solemnes, promesas de justicia. Este crimen deja grietas imposibles de disimular. La impunidad reina e incentiva a los delincuentes porque saben que es poco probable que se haga cumplir la ley y se les castigue. Los delincuentes cuentan con recursos, rutas, estructura; en tanto que el estado tiene programas sociales, pero no estrategia ni mando local eficaz. La gente recibe apoyos, pero no seguridad. Y sin justicia, cualquier cifra alegre es humo.

La narrativa oficial se está agotando: culpar al pasado sirve como escudo político, y endurece a la base dura de Morena, pero no protege a nadie. Descalificar periodistas o llamar "buitres" a los críticos puede consolidar la base, pero no reconcilia a un país que entierra líderes y vive con miedo.

Dentro del propio gobierno hay divisiones. García Harfuch habla de cooperación internacional y de inteligencia compartida, mientras desde la Presidencia se insiste en la soberanía y en los "abrazos, no balazos". En ese punto, México enfrenta una disyuntiva: seguir apostando por el eslogan o enfrentar el problema con eficacia. Porque el crimen no respeta discursos.

La oposición partidista luce por su ausencia. Pero en lo local, algo se mueve. El movimiento del sombrero, las redes vecinales, los liderazgos comunitarios pueden ser el camino de la oposición real al régimen morenista.

El asesinato de Carlos Manzo es un espejo del país: donde la narrativa oficial lanza una verdad conveniente, y la calle vive una cruda realidad. Una verdad en la que el ciudadano común, sin partido, sin fuero y sin armas, se sabe solo frente a la impunidad.

X:

@valdescervantes



Ricardo Peralta

Mamdani en NY: inspiración electoral continental

El reciente triunfo de Zohran Kwame Mamdani como alcalde electo de Nueva York no es un episodio aislado, sino una señal inequívoca de los tiempos que cambian. Hijo de migrantes ugandeses de origen surasiático y apenas con 34 años, Mamdani representa el relevo generacional que muchas democracias habían aplazado.

Su ascenso no proviene de los circuitos financieros ni de las élites mediáticas, sino de las comunidades organizadas, de la juventud consciente y de la lucha cotidiana por la igualdad. En su discurso de victoria evocó una idea que condensa su filosofía política: “la política debe volver a su propósito esencial: servir a las mayorías”. Esa afirmación, sencilla y poderosa, es la síntesis de un movimiento global que busca reconciliar la técnica con la ética y el gobierno con la gente.

La historia política reciente de Nueva York ayuda a comprender la magnitud de su llegada al poder. En los años noventa, Rudolph Giuliani (1994–2001), republicano y exfiscal federal, impuso el paradigma del control absoluto. Su política de “tolerancia cero” redujo las tasas delictivas y proyectó una imagen de eficacia, pero a costa de un profundo deterioro social. Bajo su mando se criminalizó la pobreza, se institucionalizó el acoso policial y se fragmentó el tejido comunitario. Aquella mano dura que prometía seguridad terminó sembrando desconfianza y miedo. Su degradación moral, al ponerse al servicio del trumpismo, confirmó que la disciplina sin justicia degenera en autoritarismo.

Le sucedió Michael Bloomberg (2002–2013), magnate financiero y tecnócrata refinado, quien gobernó bajo la

premisa del progreso económico y la modernización urbana. Su administración convirtió a Nueva York en capital del capitalismo digital y en laboratorio del urbanismo inteligente. Los rascacielos se multiplicaron, los parques se embellecieron y el turismo creció, pero con ello también se dispararon los precios de la vivienda, la precarización laboral y la desigualdad estructural. Bloomberg encarnó la eficacia sin empatía: una ciudad moderna, sí, pero cada vez menos habitable para los trabajadores. Su legado fue espejo de una época en la que el mercado sustituyó al Estado y el éxito individual se erigió en dogma cívico.

En Bill de Blasio (2014–2020) se depositaron las esperanzas de un viraje humanista. Demócrata progresista, impulsó la educación preescolar universal, amplió derechos sociales y colocó en la agenda pública el combate a la desigualdad. Su discurso de inclusión y justicia resonó entre los sectores populares, pero su gestión enfrentó resistencias estructurales y una prensa implacable. Aun con sus titubeos administrativos, De Blasio marcó el inicio de un cambio de paradigma: el intento de reconciliar la eficiencia gubernamental con la compasión política. Su mayor mérito fue haber devuelto a la política neoyorquina la palabra “equidad”, casi proscrita durante las dos décadas anteriores.

El siguiente capítulo lo escribió Eric Adams (2022–2025), exoficial de policía afroamericano que prometió conciliar la seguridad con la justicia social. Su mandato se desarrolló en medio de una

crisis migratoria, económica y sanitaria, y aunque logró ciertos avances en materia de empleo y movilidad, su gobierno quedó atrapado entre la burocracia y la polarización mediática. Adams representó el intento —no del todo logrado— de transitar de la retórica de la seguridad a una visión integral del bienestar ciudadano. Su administración, con luces y sombras, abrió paso a una nueva generación que ya no teme hablar de derechos humanos, de diversidad o de justicia racial como ejes de gobierno.

De ese terreno, surcado por décadas de contrastes, emerge Zohran Mamdani, con un discurso renovador y transnacional. Su triunfo encarna la posibilidad de que la política vuelva a ser una herramienta de transformación colectiva.

Mamdani no solo simboliza el relevo generacional, sino el regreso del pensamiento crítico y del humanismo al poder local. Nueva York, la ciudad donde se forjó el capitalismo moderno y donde

florecieron sus excesos, hoy se convierte en el epicentro de una tendencia que opone al populismo autoritario una visión ilustrada, empática y comunitaria del poder. Su liderazgo propone un Estado que protege, una economía que distribuye y una sociedad que abraza la diversidad como principio civilizatorio.

Más allá de su dimensión local, la victoria de Mamdani tiene resonancia continental. Para los millones de migrantes latinoamericanos —en especial los mexicanos— su elección representa una esperanza de representación y respeto. Su agenda, centrada en derechos, sostenibilidad y justicia social, reivindica la contribución cultural y económica de las comunidades migrantes y redefine el concepto mismo de ciudadanía.